

Comentario a Urbina: del ordenado mundo taxonómicos a las calles de *Blade Runner*

Luis Cornejo B.²

Este ensayo es una contribución lúcida al ejercicio poco habitual, pero por eso no menos imprescindible, de discutir que es la arqueología en Chile y para que hacemos arqueología en este país. En este sentido, me parece que el artículo supera con mucho la apariencia más historiográfica que una lectura rápida puede suponer, ya que más que destacar una serie de momentos claves y articularlos en el contexto social y político de cada momento, me parece que es una invitación a pensar cual es el lugar social de la Arqueología y a cuestionarnos en qué nos hemos convertido aquellos y aquellas que cultivamos esta disciplina que hoy trasunta entre lo académico y lo profesional. En este sentido, me parece importante el llamado a alejarse de la visión taxonómica que tiene en campos muy distintos a las ciencias naturales, las ciencias sociales, las humanidades y el arte, universo imaginario en el cual el autor propone que hemos extraviado un tanto nuestro rumbo. De hecho, si hoy observamos los distintos quehaceres de las y los arqueólogos chilenos vemos una especie de multiverso interconectado que no permite decir que haya una sola Arqueología, como tal vez era posible hace algunas décadas. Hoy nuestra práctica, más allá de ciertos intereses hegemónicos y del impacto neoliberal en la academia y en el desempeño profesional, se parece más a las calles por las cuales Rick Deckard persigue replicantes que a los pasillos de un *mall*, ofreciendo múltiples opciones a quienes las quieran tomar.

Otras compañeras que no continuaron...Más que olvido, el ojo caníbal

Andrea González-Ramírez³

*Estamos todos
Frente a una piedra
Tratando de romperla
Con la mirada
Y no pasa nada
(García 2010)*

En un texto de esta misma revista, Victoria Castro comenta, con esa narrativa cercana y sencilla que la caracteriza, su llegada a la arqueología y sus percepciones respecto al intervalo 1960-1970; le subtituló “Entre la primavera y la tormenta”. De ese relato, que a algunas generaciones nos conecta emotivamente con un lugar de hogar, de comunidad, de compañerismo, de pueblo chico, de nostalgia por el proyecto de lo que no fue, quisiera tomar un pasaje marginal, y por eso mismo,

2 Arqueólogo. Departamento de Antropología, Universidad Alberto Hurtado. lcornejo@uahurtado.cl

3 Carrera Arqueología, Departamento Antropología, Universidad Católica de Temuco. andrea.gonzalez@uct.cl

intertextual y muy representativo de aquellas fisuras de las representaciones sociales a través de las cuales se revela realidad. Señala la Vicky: “También quizá con ellos, habían ingresado Julie Palma y Silvia Quevedo **y otras compañeras que no continuaron**” (Castro 2014:82, el énfasis es nuestro).

Desearía imaginar que la Vicky escribió esa frase para que alguna “pisara el palito”. Que no agregó nada más para pasar la posta, pero tal vez, porque la enunciación puede tener fuerza de denuncia y quien explica se complica. “Otras compañeras que no continuaron” fue la frase que condensa de mejor manera las reflexiones y sensaciones que surgieron de la lectura de los “Apuntes sobre historia de la arqueología en Chile, 1880-2020” de mi compañero de curso Simón Urbina (saludos Simón!). Me obligó al repaso de lecturas umbilicales de la historia de la arqueología chilena; en ese ejercicio volví al texto de Berenguer (1986) y a sus comentaristas, y al de Ballester (2016) que puso *vintage* al de Berenguer quien, a su vez, le acusó de *millenial* (Berenguer 2016). Repasé también otros trabajos medulares que uso en docencia para discutir la historia social de la arqueología Chilena (Carrasco 2006; Troncoso *et al.* 2008; Salazar *et al.* 2011), porque no hay historia que sea pura y buena, sino siempre social y, generalmente, sucia.

Finalmente, llegué a este escrito de la Vicky. Un texto hermoso, plagado de sentires personales, de localizaciones, de verdades cotidianas y esta frase dura que me voló la cabeza. ¡Eso era! Ese era el hilo que conectaba desde la épica de Orellana hasta los reclamos críticos de los colegas en esta serie ininterrumpida de entelequias de las prácticas disciplinarias. No hay agentes, sólo enunciaciones tímidas de omisiones. No hay agentes, sino personajes.

Así como en las reconstrucciones del conocimiento arqueológico, en la historia de la arqueología chilena no hay personas, sino un “nosotros” indistinto y sin cuerpo. Una cultura o un complejo cultural, un grupo logístico o adaptaciones. Un algo nuestro, pero sin domicilio. Una región Metropolitana sin clases. Un espíritu regido por un “contexto” antes nominal que encarnado (Haraway 1991).

Efectivamente, en los ejercicios de análisis de la situación histórica de la práctica arqueológica en Chile, particularmente luego de la hecatombe de la Ley 19.300 en 1994, se ha reconocido, lúcidamente, el nuevo escenario histórico en el que el neoliberalismo pone a jugar a la arqueología, el aislamiento teórico y político que supuso la dictadura, reconocida como la más eficiente y duradera política cultural implementada por este Estado-Nación, y la pérdida de legitimidad del conocimiento arqueológico, en tanto científico, frente a ciertos colectivos sociales. Todo aquello es cierto y es muy importante. Claro está. No obstante, quiero desarrollar muy brevemente algunos elementos que cuestionan, por una parte, la idea unitaria de arqueología, aún reconociendo sus “clases” de práctica (científico/académica, de contrato y de difusión) y, por lo tanto, la derivación de una arqueología “nuestra” y la de un proyecto común. No me interesa aquí la crítica a la endogamia gremial, porque se presenta a sí misma, sino ofrecer algunas reflexiones para la historia de una arqueología situada, cuyo principio elemental es el reconocimiento de la disidencia, de la diferencia y de la contradicción.

La Arqueología como Campo Social. ¿Quiénes son nosotrxs?

En su comentario de 2016 al artículo de Ballester, Luis Cornejo cita a Pierre Bourdieu para decir “que, como cualquier práctica social, la arqueología se crea y recrea dentro de un campo social (...) en el cual siempre habrá una disputa por transformarlo o conservarlo” (Cornejo 2016:106). Recurre a este autor para argumentar los juegos que debieron jugarse durante las décadas pasadas “para construir la actual posición de nuestra disciplina” (Cornejo 2016:106). Lo que parece olvidar, no obstante, es que la posición de un campo (Bourdieu habla de autonomía del campo), no la define sólo el campo, y que las luchas por su continuidad o transformación, se generan entre agentes con capitales muy disímiles. Efectivamente, existe una tendencia en el análisis crítico de la arqueología nacional, a desconocer la dependencia, no sólo respecto a los centros de producción hegemónica de conocimiento, sino respecto a los campos sociales que establecen coacciones externas a sus condiciones de producción y reproducción intelectual, particularmente, aquellos dedicados a la producción simbólica. Para Bourdieu, el grado de autonomía de un campo respecto a lo que denomina “macrocosmos”, donde residen los campos que definen, por ejemplo las políticas públicas, depende del poder de refracción versus la heteronomía (Bourdieu 2012). Es decir, mientras más heterónomo un campo científico, más permeable es a los problemas exteriores, especialmente, a los políticos. Para una historia de la arqueología en Chile, es necesario, entonces, el reconocimiento de su autonomía de campo, mucho antes de arrastrar y validar una suerte de pecado original de los padres fundadores en la construcción de la identidad nacional, o el más original aún, del colonialismo antropológico.

La idea de grado de autonomía sirve, precisamente, para romper con la impresión de “ciencia pura”, liberada de las necesidades sociales por una parte, y “ciencia servil”, sometida a todas las exigencias político-económicas, por otra (Bourdieu 2012:75). En consecuencia, la brújula de Montané no requiere mapa, ya que el futuro de la arqueología no será otro que la tensión establecida entre los campos sociales de los que depende y las estrategias implementadas para incrementar su grado de autonomía. Si estas estrategias siguen reeditando la noción de una comunidad unitaria y una historia común y lineal, la historia de la arqueología será incapaz de establecer una memoria que sirva a un proyecto común o, al menos, sincero con sus contradicciones.

Entre esas contradicciones cabría destacar no sólo aquellas que se concretan en las omisiones a la producción teórico-política de quienes, como Julio Montané, fueran uno de sus agentes más prolíficos, sino precisamente, los silencios referidos a quienes no pudieron jugar el juego. Al campo no se le reconoce si se le mira desde la práctica del campo, por lo que una historia de la arqueología que no reedite una posición inocente y las clásicas omisiones omitidas, requiere ir a mirar no sólo contextos, sino condiciones sociales de producción y reproducción del conocimiento arqueológico como parte constitutiva de sus preguntas, métodos y estándares de admisibilidad, permanencia y promoción de sus agentes. Naturalmente, esto supone enfrentar la tarea de desarrollar una sociología de la historia disciplinaria que sea capaz de visualizar la estructura social que define las prácticas del campo científico, esto es, el estado de la relación de fuerzas entre los protagonistas de la lucha, agentes o instituciones, que haga visible no sólo la jerarquización de agentes, sino quienes no pudieron seguir sosteniendo su agencia.

Probablemente, sea esta una de las tareas más difíciles de una historia de la práctica disciplinaria, ya que supone una ruptura con sus representaciones sociales. Aquello requiere una mirada desde los cuerpos que sea capaz de hacer visible la estructura de clase de la disciplina, la jerarquización

sexual del trabajo especializado, los dominios de la precarización, la marginalización territorial y la fetichización del objeto de estudio con el advenimiento de la arqueología de contrato.

Hacia una Arqueología Encarnada

La observación en la modernidad es el ojo cíclope kantiano. La observación en la razón postmoderna es el ojo en ninguna parte. Ambas observaciones son miradas caníbales que devoran a su objeto en un ojo sin cuerpo, sin sujeto. Una de las características medulares de la producción de conocimiento hegemónica, la mirada del padre, es la de desconocer para sí mismo la localización de su mirada y cosificar su objeto de conocimiento. El ojo caníbal quiere verlo todo desde ningún lugar (Haraway 1991).

De la misma manera, la historia de la disciplina se ha reproducido deslocalizada, con agentes como personajes, en tanto autores, sin cuerpo, sin vida, sin realidad. En esa deslocalización permanente, omite agentes y sus condiciones sociales de existencia que son la explicación misma de la estructura de los agentes en el campo, y de quienes están en condiciones de acumular el capital simbólico suficiente para ganar las luchas en el campo. En contra del ojo caníbal, Haraway sostiene la necesidad de reivindicar la objetividad, pero una que sea capaz de re-conocerse parcial y provisoria. Titulé este comentario a estas notas sobre la arqueología chilena *Otras compañeras que no continuaron*, para destacar la silla al borde del camino que invita a sentarse en la comodidad de la mirada masculina sin cuerpo. *Otras compañeras que no continuaron*, es una lectura crítica a nuestras propias semióticas de producción de significado. En ellas, el núcleo ha sido la defensa de unos valores sublimados cuyas máximas se condesan muy bien en este pasaje:

“...hay una cosa que nos iguala, porque es trascendente. Se llama trabajo duro. Algo serio, responsable, estudioso, desinteresado, abnegado, constante, disciplinado, consecuente, productivo y comunitario. Sólo cultivando esto uno puede aspirar a merecer respeto intelectual, si es verdad que quieres ser arqueólogo en el mundo de la ciencia” (Gallardo 2016:105).

Valores sin cuerpos, valores como valores orientados al reconocimiento. Valores sin carne, valores sin sujetos, sin casa, sin cuentas, sin hijos, hijas ni hijes, sin pobla, sin micro, valores sin gente, sin zonas de sacrificio, valores para el respeto. Una arqueología encarnada buscaría, también, el registro del fracaso, de quienes no se titularon, de quienes el trabajo duro y serio no les alcanzó, de quienes no tuvieron barba ni tomaban el recorrido de la micro al nororiente de la capital.

La perspectiva parcial de la objetividad permite salir de la inocencia del universal nosotros y pone en marcha la responsabilidad, para sincerar desde qué lugar estamos viendo. Consecuentemente, una historia de la disciplina que no sea una reedición de la ortodoxia, buscaría salir de la pulsión identitaria de un proyecto común. Porque la identidad, a diferencia de las posiciones, es estanca y homogénea. Define antes que conoce. Al contrario, un conocimiento situado buscaría una apertura del sujeto. En primer lugar, no negándole, sino posicionando su existencia y reconociendo su multiplicidad, contradictoria, antagónica, parcial y provisoria.

Como el de toda ciencia, la historia de la arqueología es el reflejo de unas determinadas formas de vivir, de órdenes sociales con particulares prácticas de visualización, y de discursos morales, éticos y políticos que orientan los discursos de auto-representación. Bourdieu señala que el incremento de autonomía de los campos científicos sólo es posible cuando se desarrolla una *desjerarquización*

de la división social del trabajo al interior de éste, es decir, cuando se le asigna valor social no sólo a los subcampos de especialización, lo cual tendería tal como ha venido sucediendo desde la década de 1980 a la tecnificación y a la pérdida de reflexividad, sino a la diversidad de condiciones materiales en la que sus agentes llegan a serlo, y cómo y en qué circunstancias pueden acumular el capital simbólico necesario para luchar en el campo de acuerdo a sus diferentes posiciones en la realidad social total (Bourdieu 2012:116-117). Para la arqueología esto supone no sólo reconocer los ámbitos profesionales de la práctica, sino la diversidad de agentes que la integran, cuyas motivaciones político-morales no deberían porque guardar fidelidad a un proyecto de disciplina que se auto-representa como unitario.

Una historia de la disciplina que se haga cargo de la interpelación social que se hace a su ejercicio y a su producción de conocimiento, buscaría reemplazar el deseo caníbal de la mirada kantiana unitaria, por una objetividad situada, que le permita reconocer las diversidades situacionales de sus agentes en la configuración de su trayectoria histórica y, asimismo, su grado de autonomía frente a otros campos científicos y sociales. Se trata no sólo de un reemplazo teórico, sino de un giro ético-político en la producción de conocimiento, que hace frente a la necesidad de legitimar socialmente la práctica disciplinaria en un marco de conexiones solidarias entre epistemología política (Harding 1996). La piedra sólo se talla con el trabajo del cuerpo, y las miradas sin carne reivindican héroes, no personas.

Agradecimientos. A los editores por la invitación y la paciencia en tiempos distópicos. A Simón Urbina, por estimular estas reflexiones. A Arturo, por la lectura aguda.

Referencias Citadas

- Ballester, B. 2016. No necesitamos fronteras: comentarios tres décadas después. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:97-129.
- Berenguer, J. 1986. Nuevas fronteras de la Arqueología. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 4:11-15.
- Berenguer, J. 2016. Sentir que nada es igual, pero que todo es lo mismo: De lo sólido a lo líquido en la arqueología chilena: comentarios tres décadas después. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:107-115.
- Bourdieu, P. 2012. *Los usos sociales de la ciencia*. Claves, Buenos Aires.
- Castro, V. 2014. Trazas de los '60 a los '70. Entre la primavera y la tormenta. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 43/44: 97-129.
- Carrasco, C. 2006. La práctica arqueológica y la actual construcción de conocimiento arqueológico en Chile. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 39:35-50.
- Cornejo, L. 2016. La fuerza de gravedad: Comentario a "No necesitamos fronteras: Comentarios tres décadas después" de Benjamín Ballester. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:116-117.
- Gallardo, F. 2016. Volver a los 17, después de vivir un siglo. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:104-105.
- Haraway, D. 1991. *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Crítica, Madrid.
- Harding, S. 1996. *Ciencia y feminismo*. Ediciones Morata, Madrid.
- Troncoso, A., D. Salazar y D. Jackson. 2008. Ciencia, Estado y Sociedad: retrospectiva crítica de la Arqueología Chilena. *Arqueología Suramericana* 4(2):122-145.

Salazar, D., Jackson, D y A. Troncoso. 2011. Entre dos tierras: reflexiones sobre la arqueología chilena en el siglo XXI. En *Teoría Arqueológica en Chile: reflexionando en torno al nuestro quehacer disciplinario*, editado por P. Ayala y F. Vilches, pp. 41-71. Qillqa Ediciones, Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.